

Vida de Julio Agrícola

Hugo Hiriart



Detalles de la cornisa del pórtico de Octavia



Detalles del segundo nivel del teatro de Marcelo



Pórtico del primer nivel del teatro de Marcelo

Más que una biografía, el escrito es un retrato, como esos bustos romanos de mármol blanquísimos que muestran con unos cuantos rasgos de realismo conmovedor una bien perfilada personalidad, la de Julio Agrícola, romano de los tiempos clásicos del imperio en este caso.

Es interesante sobre todo porque el retrato está trazado, nada menos, que por la pluma maestra de Cornelio Tácito, el más esclarecido de los grandes historiadores romanos.

Tácito fue historiador tardío, publica sus primeros trabajos a los cuarenta años, antes fue solamente orador y político (después de ser elevado al consulado se ocupó sólo en escribir sus incomparables anales históricos).

Ya cónsul, intercala Tácito súbitamente en primera persona en el escrito que considera-

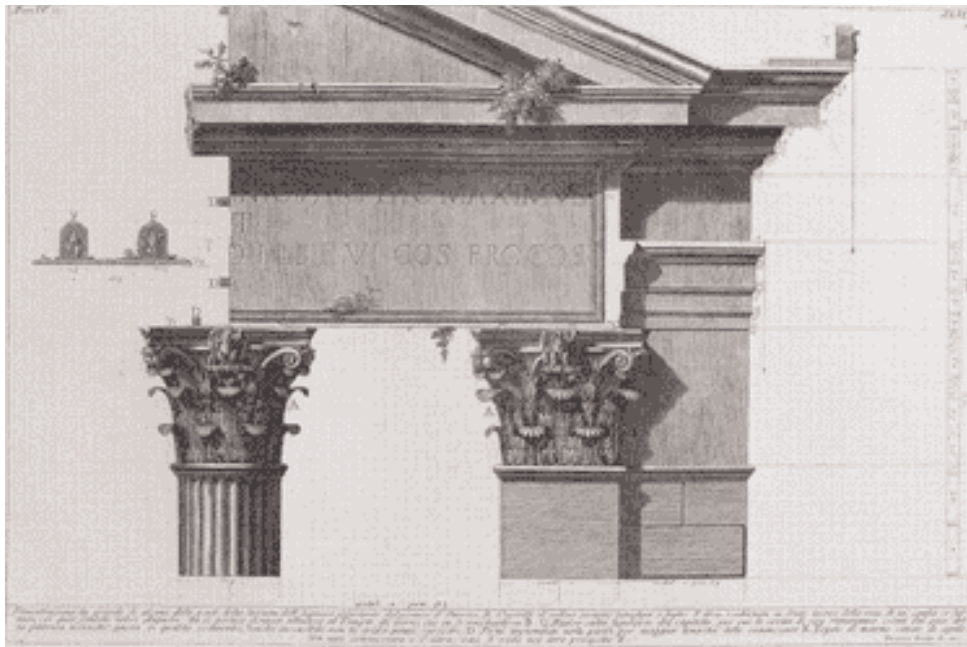
mos, me prometió (Agrícola) a mí, joven, en matrimonio, a su hija entonces egregia esperanza, y después del consulado, me la dio.

Es decir, Julio Agrícola era su suegro: el propósito declarado del libro será perpetuar en letras las virtudes ejemplares de su suegro Agrícola, por razones que consideraremos más adelante.

Agrícola fue destacado militar y político, “administrador muy inteligente, habilísimo político tanto como excelente general”, dice de él Boissier, desarrolló buena parte de sus actividades en la lejana Britania (Inglaterra), provincia de la que llegó a ser, por seis años, en la culminación de su carrera, gobernador. Por esta razón este pequeño libro ha gozado siempre de erudita estimación entre los estudiosos británicos que exploran en él una y otra vez un locuaz testimonio de su remoto pasado tanto autóctono, como romano.

El saber romano sobre Inglaterra era incierto, por una parte se averigua que es una isla (“cuando por primera vez la flota romana rodeó esta orilla del último mar, afirmó que Britania era una isla...”), por otra, estima, por ejemplo y de acuerdo con la idea de la época, que los días son cortos allá porque está cerca del final de la Tierra, y la Tierra, que tiene forma de disco, hacia los bordes no puede tener montes altos, y dado que la noche consiste en la sombra de los montes que se proyecta sobre el resto del disco, al no existir ahí montes altos, los días tienen que ser cortos.

La mayor parte del encomio de Agrícola está consagrado a detallar las astucias políticas y disciplinas o estrategias militares desarrolladas por el suegro en su larga actividad pública. Es un tipo de asunto en el que la pluma de Tácito suele desempeñarse con inigualada brillantez, acuñando esas máxi-



Detalles arquitectónicos de la fachada del pórtico de Octavia

mas de tácticas y buen gobierno donde habrán de abreviar los mandatarios de todos los tiempos.

Por ejemplo, describe Tácito:

Sus tiempos de trabajo (de Agrícola) y de descanso estaban divididos; siempre que las asambleas y juicios lo reclamaban, era grave, atento, severo y con mucha frecuencia misericorde; cuando había satisfecho su deber: se había quitado la gravedad, la arrogancia, la avaricia. Y lo que es rarísimo, ni la afabilidad le disminuyó la autoridad, ni la severidad el aprecio.

De esto último se infiere, claro, que quien es afable pierde autoridad (de ahí el consejo shakespeariano: “sé afable sin bajeza”), y quien es severo ya no tendrá cariño o aprecio de los demás. La difícil perfección está indicada: el buen gobernante ha de lograr autoridad sin mantener dis-

tancia arrogante y severidad sin causar odio.

Y, claro, no faltan los discursos, inevitables en un libro romano (o griego) de historia, y más tratándose de Tácito que, como todo joven ambicioso romano, estudió elocuencia, fue orador descollante, según Plinio el Joven, y escribió su primer libro —el *Diálogo de Oradores*—, sobre ese asunto.

Agrícola acabó mal. Como acontece tantas veces en política, sus propios triunfos lo perdieron. Porque el emperador Domiciano, allá en Roma, cuyos triunfos en Galia y Germania era más que dudosos, se encendió en celos ante los impecables éxitos de Agrícola en la pacificada Britania. Domiciano fue un emperador loco, pero del tipo de Tiberio, o entre nosotros, del Presidente Díaz Ordaz, quienes fueron, a la vez, competentes en administración y abominables y desbordados en política. No es frecuente el caso, pero tam-

poco muy raro, porque el administrativo y el político son dos aspectos diferentes de la habilidad de gobernar.

Como sea, por esas aberraciones políticas de Domiciano, cada vez más patentes, cuando Agrícola regresó a Roma fue elogiado con peligrosa mezquindad y congelado en su carrera. Al final, se dice, por impulso soberano, se le administró veneno y Agrícola murió.

Ésta fue, tal vez, la razón de fondo para que Tácito escribiera la biografía de su suegro, la indignación asfixiante que le causaba la mentira y la infamia que señorearon sobre las limpias y claras virtudes de su suegro.

He aquí que aparece el gran Tácito justiciero, el que puso las cosas en su lugar, quien dio a cada político su lugar en la eternidad. Y aquí se hace necesario citar el famoso artículo de Chateaubriand, que ocasionó el cierre del periódico donde fue publicado, el *Mercur*, (y disfrútense la gran prosa del maestro francés):

Quando, en el silencio de la abyección, no se escucha resonar más que la cadena del esclavo y la voz del delator, cuando todo tiembla delante del tirano y es tan peligroso atraerse su favor como merecer su desgracia, aparece el historiador encargado de la venganza de los pueblos. Es en vano que Nerón prospere; Tácito ha nacido ya en el Imperio. Crece desconocido cerca de las cenizas de germánico, y ya la providencia entera ha entregado a un niño oscuro la gloria del amo del mundo.

Más elocuentemente no se puede decir porque hay que leer a Tácito. **U**

Cornelio Tácito, *Vida de Agrícola*, Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, primera edición 1978, segunda edición 1987, introducción, traducción y notas de José Tapia Zúñiga, UNAM, México, 39 pp.

Agrícola fue destacado militar y político, “administrador muy inteligente, habilísimo político tanto como excelente general”.